



EL SACAMUELAS.

PERIODICO JOCOSERIO

DE TODO MENOS POLITICA Y RELIGION.—SALE LOS DOMINGOS.

DEBILIDADES HUMANAS.

—o—o—o—o—

Triste tarea es, la de andar siempre á caza de las debilidades humanas; el hombre reflexivo la mira con respeto y se decide á emprenderla muchas veces, guiado por secretos impulsos del ánimo de los que no puede darse cuenta; razones de simpatía, explican únicamente esta tendencia, ó queremos al hombre mas de lo que creemos y deseamos corregir sus faltas, ó el egoismo empieza asomando la cabeza en nosotros mismos y tememos lanzar contra el prójimo envenenados dardos que se vuelvan contra nosotros hiriéndonos de muerte; si hemos de juzgar sin pasión, nos inclinamos á creer que el respeto que nos infunde esta empresa, es mas por lo que á nosotros afec-

ta que por lo que afecta á los demás; el hombre se ama á sí mismo mas que á su prójimo, y si bien es verdad que en determinadas ocasiones compromete los intereses mas sagrados de su vida por la defensa de su hermano, de la patria, ó por cualquier otra causa de las que suelen elevar sus sentimientos caballerescos, tambien es verdad que estas ocasiones suelen ser raras en la vida, ó no se presentan jamás, quedando el hombre reducido al ejercicio de las mas pueriles debilidades. ¡Cuántos contrastes se observan en la vida del hombre! ¡cuán inexplicables son á la razón! El mismo ser que se encuentra pronto al sacrificio, se le vé arrastrado por el polvo y víctima de todas las pequeñeces y miserias mas humillantes. De cualquier manera que

sea nos lastimamos de todo corazón de todas las debilidades que nos acometen en esta miserable vida, y si pudiéramos desterrar algunas á costa de trabajos y de afanes, haríamos cuantos esfuerzos son imaginables para conseguirlo; pero tenemos el triste convencimiento, de que aunque fuéramos unos atletas de sana crítica, perderíamos lastimosamente el tiempo; el hombre por lo general, tiene momentos de lucidez en que es fácil verle confeso de toda culpa, pero basta que su hermano le enseñe un lunar de sus faltas, para que levante erguido la cabeza y mirándole airado vuelva la espalda con todo el desenfado de un héroe que perdona al débil agresor que se le atreve.

Ha llegado el momento en que enfrente de nosotros mismos nos preguntamos ¿cuál de las debilidades del hombre juzgamos mas digna de censura? Todas lo son, unas mas, y otras menos; pero en la dificultad de contar las arenas del mar, que cosa parecida es la de enumerar nuestras miserias, ¿por cuál optamos? Espinosa y árdua es la resolución, pero preciso es salir de perplejidades; existe en el día una manía que se ha extendido mucho, pero que á pesar de ello, no disculpa ni atenua la debilidad en que incurre el hombre, cuando guiado por el espíritu de la moda ó por una mal entendida vanidad, sigue tras ella rindiéndole culto y adoración: esta manía que se ha apoderado de la generación presente de 20 años á esta parte, es notable porque no tiene explicación, es mas, puede considerarse como una simpleza, ó como un epigrama ridículo que el hombre se aplica á sí propio sin saber lo que se hace; imaginaos que en los tiempos presentes que todo ciudadano es igual en derechos civiles, se les ha ocurrido á ciertos hombres no ser igual ni aun á sus mismos padres, y comprenderéis toda la fuerza de nuestra argumentación. El hombre iluminado con los fantasmas de su vanidad ha llevado su atrevimiento al extremo de decir, *mi padre fué un ignorante que no supo como se llamaba*, Juan Perez á secas fué bautizado, creció, fué hombre y no se le ocurrió que tenía en sus blasones un tesoro escondido que le sacaba del hu-

milde nivel en que camina la sociedad hace dos mil años; yo, su hijo que no soy *tan tonto*, que vivo en una época mas ilustrada y mas tolerante que la en que él vivió, me bautizaré de nuevo, porque he averiguado que mi padre debió llamarse *Juan de Perez*, y yo que soy su hijo ¿quién duda que debo adicionar mi modesto nombre con un *de* que me hará partícipe de inmensos beneficios sociales? ¿debilidad inesplicable! ese *de* te lo escribes en la frente, y lo que creías que ~~podría~~ servir para enaltecerte, te rebaja ante la consideración de la sociedad; vivimos en un siglo que no te exige llevar la ejecutoria debajo del brazo, ni mucho menos se cuida de averiguar el valor heráldico que tiene en los apellidos semejante añadidura; que no distingue entre el que fué noble de raza y el honrado plebeyo, porque ha hallado la verdadera forma de apreciar al hombre por lo que el hombre vale moralmente considerado; pero esta sociedad tolerante contempla la majadería en que incurres bautizándote á tu capricho, y se vuelve contra tí averiguando vidas pasadas, y encontrando que tu abuelo fué otro *Juan Perez*, á secas como tu padre, sin sombra de *de*, y que ascendiendo un poco en la serie de los abolengos, tropieza con otros Perez de la misma catadura; y por último, que cuanto mas se vá acercando á nuestros venerables padres Adán y Eva, mas pierde el rastro y la esperanza de hallar el precioso *de* con que nuevamente te has engalanado: veas las ganancias que has tenido con la reforma de tus apellidos, han descubierto tu origen y han fulminado contra tí, no el anatema que en otros tiempos pesaba sobre el plebeyo, no, hoy está todo fundido en el crisol de la igualdad, han fulminado contra tí otro anatema peor, te se supone un tonto, ó un hombre que no sabe vivir sujetándose á las irresistibles fuerzas de las corrientes de la época, prescindiendo de esas añejas y ridículas preocupaciones, proscriptas ya por el sentido comun.

No podemos pasar en claro otra costumbre que no es menos general ni menos ridícula que la que dejamos apuntada á la lijera en los párrafos anteriores, casi la con-

sideramos de mas trascendencia, porque si bien es verdad que los amigos al famoso de varian completamente las condiciones del apellido con que fueron bautizados, tambien es verdad que hasta cierto punto respetan el apellido de su padre, aunque sea anteponiéndole esa quisicosa, de que con facilidad se hace caso omiso, dejando las cosas en el ser y estado que tuvieron; hay otros que no se satisfacen con estas reformas, se ván un poco mas allá, le dán un puntapié al apellido de su padre, ó le reducen á un geroglífico indescifrable: contemplad la forma de uno de estos modernos reformadores bautismales y comprendereis lo que decimos «Pedro G. de San Juan se firma muy satisfecho un ciudadano que se le ha antojado cosa muy vulgar llamarse Garcia, Gonzalez ú otro apellido comun de los que en honor á la verdad abundan en nuestra pátria, y los que si se analizáran se encontraría en ellos un orijen illustre y á la vez histórico; pero es el caso que andando el tiempo se han generalizado y están por decirlo así, vinculados en las clases del pueblo, lo cual nos dice claramente que en la série de los tiempos, la rueda de la fortuna, deja á unos sepultados en el polvo y eleva á otros por la misma fuerza del capricho; pero ya se vé, como estas reflexiones no estan al alcance de todas las inteligencias, porque no las reciben como de buen origen ¿cómo reducirnos á llevar un apellido tan vulgar? nos pondremos una G. ó una R. y es tanto como decir al público, «adivina quién te dió» así de un salto nos pasamos de una rama á otra y podemos ostentar un apellido mas gracioso, no tan vulgar, y quizá, quizá, con algun saborcillo extranjero, aunque proceda de algun amolador ó saltimbanquis; en fin, no cabe disculpa en el hombre, que pone su espíritu en tortura por semejantes pequeñeces, y menos la tiene cuando arrostra con serenidad la censura del público por asunto de tan poco valimiento. Innumerables razonamientos podrían hacerse sobre el asunto indicado, pero ni la índole de un artículo permite extenderse mas, ni nuestras fuerzas lo permiten tampoco; con lo dicho se comprenderá

que hay un ser en esta vida, que mira con indiferencia semejantes preocupaciones, y con desdén á los hombres que en ellas incurren.

ORIENTAL.

No esquivas mi amor ardiente,
oye mis ruegos, cristiana,
y mi corazón hechiza
con tu mágica mirada.

Haye amorosa conmigo
de la Corte castellana,
para lucir tu belleza
en la opulenta Granada.

Allí es mas puro el ambiente
que las flores embalsaman,
y mas trasparente el cielo,
y mas juguetona el aura.

Y es mas risueño el destello
de la cándida alborada,
cuando aparece en Oriente
entre celajes de grana.

No me rechaces cruel,
conmigo vente, cristiana,
que allí serás tú la envidia
de las bellas musulmanas.

Te obedecerán ennuocos,
y te daré por esclava,
á la que tiene la dicha
de llamarse mi sultana.

Habitarás en mi harem
la mas adornada estancia,
donde quemarán perfumes
cien pebeteros de plata.

Allí los dos reclinados
en ricos cojines de Asia,
veremos pasar las horas
sumidos en dulce holganza.

Mil veces será tu talle,
esbelto como la palma,
estrechado por mi brazo
dando pábulo á mis ansias.

Y te daré blandos besos
en las mejillas rosadas,
y libaré de tus lábios
el suave néctar que manan.....

: : : : : : : : :
: : : : : : : : :

Mas... á mis dulces caricias
por qué insensible te hallas
y no escuchas con ternura
mis amorosas palabras?

Te inspira tal vez horror
esta corta cimitarra
que ha vencido tantas veces
á las falanges cristianas?....

Nada temas, nazarena,
que su invencible pujanza,
si terror de los guerreros,
es defensa de las damas.

No me rechaces cruel,
conmigo vente á Granada,
que allí serás tú la envidia
de las bellas musulmanas.

FERNANDO TORRECILLA Y TOLEDO.

ÚLTIMAS PALABRAS DEL GENERAL DESSAIX

MUERTO EN LA ACCION DE MARENGO.

Amaneció el día 14 de Junio de 1800. El sol principiaba á bañar con sus dorados destellos el globo haciendo desaparecer las sombras funerarias de la noche, cuando reunidos los egércitos áustrico y francés á las orillas del Bormida, lado de Castel-Ceriolo, y camino de Marengo, se preparaba la célebre batalla de tal nombre que decidió la suerte de la Italia, suficiente por sí para inmortalizar el nombre del héroe que la diera, ¡Napoleon!

Eran las siete de la mañana de dicho día, cuando la mas encarnizada contienda principió entre ambos egércitos. El estampido del cañon cuyo eco mortífero era señal prematura de innumerables víctimas;... el alarido del convulso agonizante que entre charcos de helada sangre, exhalaba su espíritu entre la grito de los que causaban su muerte;... el cielo oscurecido por enroscadas columnas de negro humo, que cubriendo su primitiva alegría, aplomaban su encantadora belleza, y la muerte que rápida se veía tender su letal guadaña por do quier la vista se dirigía, era por cierto el imponente cuadro que presentaba tan sangriento combate sostenido por ambas partes con igual ardor y valentía. Cuatro veces estuvo el egército francés en retirada, y otras tantas avanzó: mas de sesenta cañones fueron tomados y perdidos en diferentes puntos y ocasiones, y hubo mas de doce cargas de caballería con desigual fortuna.

Las tres de la tarde sonaron. Centenares de cadáveres en cuyos lívidos semblantes se pintaban los horrores de la muerte; cuerpos mutilados cuyos miembros desunidos se hallaban esparcidos sembrando el suelo que les sirviera de mullido lecho, poblaban aquel sitio de desolacion, en el que, semejantes los hombres á las hojas del árbol que troncha el huracan furioso, caian exánimes... sin vidas, bajo el duro peso del plomo y acero homicida.

En el periodo de nueve horas el triunfo estuvo sin decidirse por ninguno; pero un movimiento de la caballería austriaca que cargó sobre el ala izquierda de los franceses puso á estos en conflicto, al mismo tiempo que toda la línea sufría un fuego de metralla de mas de cien cañones. La victoria se decantó por los austriacos.

Bonaparte tuvo entonces que valerse del cuerpo de reserva, y á los gritos de «viva la república, viva el primer Cónsul», partió Dessaix á paso de ataque contra el centro del enemigo, el que pronto se vió arrollado por tan entendido militar: pero ¡oh desgracia! este valiente general á quien la Francia debió el éxito feliz de esta accion, recibió un balazo al cargar sobre el ene-

migo, del que murió, sin tener mas tiempo que para decir al jóven Lebrum que estaba con él: «*id á decir á el primer Cónsul, que muero con el sentimiento de no haber hecho lo bastante para vivir en la posteridad.*»

Y finó su existencia.

Cuando dieron á Napoleon la noticia de su muerte, no pudo contener el sentimiento, y alzando los brazos al cielo, exclamó: por qué no me es permitido llorar?...

Su cuerpo fué conducido en posta á Milan para embalsamarle. Murió á los 38 años de edad, llevando ornada su frente de innumerables laureles de victorias, que le sirven de grata almohada en su tumba.

SALADINA LA HORRA.

Oriental.

La jornada de Beni-el
Que á costa de los Cristianos
Ganaron los africanos
A las órdenes de Adhel,
Fué triunfo de tal cuantía
Y de tamaña importancia,
Que ni el sitio de Numancia
Tuviera igual nombradía;
Hubo en Murcia mascaradas,
Justas, cañas y torneos,
Simulacros y trofeos,
Barcarolas y enramadas.
Cual con lucido pavés
Al son de la bandolina
Cantara trova ladina
Bajo el dorado ajimez;
Quien despechado suspira
De su dama á los rigores
Y maldice sus amores
Y en sus amores delira;
Y luciendo ricas mallas
En salones arabescos
Sus brios caballerescos,
Que arriesgára en cien batallas,
Rinde orgulloso, gentil,
Sobre un estrado de aljofar,
Con doselete de azofar
Al son de tierno añafil....

Le escuchaba una hermosura
Altiva, cruel, riente,
Como un astro refulgente
Incrustado en el Segura;
Y mientras el huracán
Azota los alminares

Entonó aquestos cantares
Con melancólico afán,

Dime, ingrata Saladina,
La de las rubias guedejas,
¿Por qué desoyes mis quejas
Y rechazas mi pasión?
¿Cómo esquivas, inhumana,
Este frenesí violento,
Cuando por tí solo siento
Lacerado el corazón?

Rasgos de inclemente orgullo,
Pecho esquivo y altanero,
Con un corazón de acero
Y un pecho de pedernal;
¿Por qué no templas, ¡cruel!
Esa altiva indiferencia
Que acibara la existencia
De este rendido mortal?

Tengo enucos africanos,
Nuevas sartas carolinas,
Otomanas argelinas,
Que valen todo un Perú; (1)
Tengo risueños templetes
De mármoles y arabescos,
Ajimeces pintorescos,
Blancas gasas de Corfú;

Mil estanques transparentes
Rizados por blanda brisa,
Minaretes de artemisa
Con cúpulas de cristal,
Donde los rayos del sol
Bañan sus formas redondas,
Cuando trasponen las frondas
Del cedro, sauce y nopal.

Tengo para tu recreo
Una cadena de amores,
Un nido de ruiseñores
Y bóvedas de abedul;
Y un pabellon esmaltado
De granate y oro fino,
Obra de génio divino
De la opulenta Stambul:

Jardines entapizados
De dalias, jazmin y violas,
Cuyas fragantes corolas
Envueltas en azahar
Difunden en el ambiente
Sus balsámicos vapores,
Y retratan sus colores
Sobre un fondo verde-mar.

(1) Anacronismo histórico.

Tengo jaiques esmaltados,
Chinelas de Alejandría,
Diamantes y pedrería
Que ni aun el Asia atesora;
Baños de esencia de rosa
Con pilas de porcelana,
Y grifos de filigrana
Fabricados en Basora.

Braserillos perfumados
Arden en mis pabellones;
Ricas cristalizaciones
De Guzarete y Ofir
Brillan allí, confundidas
Con mil lunas venecianas,
Y molduras africanas
Bajo un techo de zafir.

Tengo escogido tesoro
De rubíes y brillantes,
Chales de Smirna flamantes
Con caireles de Hispahan;
Y un turbante berberisco
Sembrado de pedrería,
Al que no aventajaría
Ni el mismo del gran Sultan.

Braza de acerado temple,
Corazon de bronce duro,
Mi pecho es un fuerte muro.
Y es proverbial mi valor;
Mi lema es el fatalismo,
El Alcorán mi creencia....
Si algo altera mi conciencia,
Eres tú sola, mi amor.

A tus pies depongo humilde,
Todo cuanto poseyera,
Y aunque el orbe entero viera
Postrado ante tu escabel,
Bravo la planta pondría
En la cerviz del gigante,
Y encadenara triunfante
Al mismo arcángel Luzbel.

Diera yo por tus amores
La mitad de mi existencia,
El Edén de mi creencia
Y mi predestinacion:
Y si todo es poca cosa
A vencer, niña, tu saña,
Corta con esta guadaña
De un golpe mi corazon.

Y así el árabe diciendo,
Arrojase despechado
En tierra, y desalentado.
Púsose á llorar cual niño:
Mostró su velludo pecho

Rasgado por ancha herida,
Y manchó el arma suicida
La alfombra de blanco armiño.

La ingrata mora sentía
Un volcan dentro del pecho,
Que el hielo de su despecho
Rápidamente fundía:
Luchó en vano; esfuerzos mil,
Alejaron sus temores,
Y rindió al fin sus favores
Sobre un lecho de marfil.

José Pastor de la Roca.

LA COQUETA CON DOS NOVIOS.

CASO HISTORICO

DEDICADO

A LA ELLA, PROTAGONISTA.

CONTINUACION.

CAPITULO II.

Las doce.

Los tres cuartos para las doce habian sonado en el alto campanario de Santa María, cuando puntual á mi palabra, salí de casa en direccion al punto que me citara mi nueva ninfa.

La noche era pura, serena, así es que el planeta del silencio lucía su argentina luz en medio de un cielo despejado, iluminando nuestro globo de un modo tal, que casi pudiera decirse era de día.

Distraido con admirar lo hermosa que se presentaba la naturaleza á estas horas, llegué casi sin saber por dónde á la calle de... teatro de una nueva accion amorosa, y ya en ella, principié favorecido por la claridad á buscar la casa número 6, como única para mí en aquel momento.

Segun cuentan las crónicas de esta calle, siempre ha sido abundante y célebre por los innumerables acontecimientos de ternura que la han hecho sobresalir á las demás, por lo que se le ha denominado con el epíteto del amor, puesto que en verano por lo menos se hallan

á cualquier hora de la noche diez cucos, que dulcemente lamiendo hierro parecen fijas estatuas colocadas por una mano omnipotente, ó bien en invierno hay frecuentes ascensiones, puramente inocentes, las cuales se cometen por precauciones de salud, que no dejan de ofrecer ratos de algun entusiasmo, á los pequeños angelotes que cual nocturnos murciélagos vuelan por la atmósfera de esta calle.

Repito que habia llegado á ella justamente cuando las doce campanadas se perdian en el espacio, y solamente eran anunciadas por las lejanas voces de los serenos, cuando el ruido de una ventana jirada sobre sus goznes vino á herir mi oido, manifestándome me preparase á atacar la plaza.

Fijé mi vista en dicho punto, y ¡oh felicidad! mis ojos vieron con suma satisfaccion la blanca mano de mi encantadora bella, que ajitando un pañuelo me llamaba telegráficamente.

Mi gozo fué completo; una alegría extraordinaria poseyó á mi corazon; mas ésta se aumentó doblemente al llegarme á su ventana, ¡qué hermosa me pareció!

Sus blancas carnes las cubria una ancha bata color de rosa; ésta, suelta y lánguidamente desviada del cuerpo, dejaba aparecer una garganta de puro alabastro; sus encendidas megillas; su natural sonrisa, todo la daba un aspecto en verdad interesante.

—A los piés de V. señorita, la dije llevando la mano al sombrero.

—Beso á V. su mano; se ha descansado de las fatigas de esta tarde? me dijo con una voz meliflua.

—Sí, gracias á las felicidades que en ella me han rodeado, me conceptuo enteramente afortunado.

—Mucho lo celebro; me pareció V. muy distraido la primera vez que nos confrontamos.

—Sí, Señora; iba embebido en pensamientos tristes, pero tan luego como ví á V. todos se desvanecieron, porque á la verdad ejerce V. sobre mí un dominio que no ha tenido todavía ninguna otra muger.

—Jesus! qué cosas tiene V. caballero; vamos sea V. mas natural.

—Señora, la digo únicamente lo que siento y me abruma sus incredulidades.

—No sea V. así por Dios.

—Si es que no puedo pensar de otro modo.

—¿Y por qué, señorita?

—No puedo contestarle como quisiera; pero solo le diré, que la experiencia en ver desmentidas en mis amigas las palabras de sus amantes, me hacen obrar así.

—Bien señora; pero por eso ha de creer nos á todos iguales? es necesario conocer que donde hay malos los hay tambien buenos, y entre este número desde luego me incluyo ¿lo cree V. así?

(Se continuará).

EPÍGRAMAS.

Por darse tono Juan Lodos,
Dijo en varias ocasiones,
Que en los periódicos todos
Ponia sus producciones.

Y en verdad que no mentia.
Pues periódico que hallaba
En borrador lo invertia
De los versos que ensartaba.

En un viernes de cuaresma,
A un pobreton preguntaba
Doña Encarnacion Ledesma,
Que si devoto ayunaba.

—Si señora, respondió,
Mas no es mérito ninguno,
Puesto que por fuerza yo
Todos los dias ayuno.

Ponderando Juan Garcia,
Que vivia de su pluma
Y que ahorrado ya tenia
En dinero una gran suma,

Le contestó Doña Mencia:
—Que eres escritor colijo....
Muy poca es la diferencia,
—Soy escribiente, le dijo.

FERNANDO TORRECILLA Y TOLEDO.

A UN CALVO COMPLETO.

Cabeza despejada,
 Cuyo cutis luciente
 Con las solares luces reverbera,
 ¡Feliz y aventurada
 Tú que del ambiente
 Disfrutas la frescura lisongera!
 ¡Dichosa calavera!
 Jamás acalorada,
 Por mas que fatigada
 El alma de cuidados importunos,
 Abochórne y encienda la de algunos,
 ¡Oh Fabio venturoso!
 Y como por dichoso te tendrías
 Si el bien supieses que tu calva encierra,
 No del piojo alevoso
 Tan libre te verías,
 Que á los demás nos hace cruda guerra,
 Há despoblada sierra
 De ese pelado monte,
 A todo el horizonte,
 No muestra sino secos eriales,
 Sin que puedan pastar los animales.
 Supon que vacilante
 Un piojo, ambriento y mal aconsejado,
 Hiciese un a irrupcion en tu cabeza;
 Aquel fatal instante
 Terminaria el fin de su atentado,
 Y el castigo debido á su fuerza;
 Por mas que con presteza,
 Corriese apresurado
 El campo despejado,
 Queriendo de tus uñas precaverse,
 ¿Dónde, el traidor, pudiera guarecerse?!
 Con seguro descuido
 Está, con los afanes
 Nunca, Fabio, podrán descomponerte;
 Jamás encanecido
 Por penas, por trabajos, ni desmanes
 Has de llegar á verte,
 Ni de la horrible muerte
 La vista inesperada,
 Puede hacer herizada
 Con pálido temor tu cabellera:
 Lo que á un Roldan quizá no sucediera.
 Si tu muger quisiere
 Darte pesar, y en alterar se empeña
 La paz que necesita el matrimonio,
 En el punto que aquesto sucediere

Arda Troya, y agárrate á la greña,
 Aunque tenga las uñas de demonio:
 Por fijo testimonio
 Del triunfo la gloria
 Tendrás, y la victoria:
 Pues aunque veces mil quiera investirte,
 Jamás encontrará de donde asirte.
 Aunque acaso suceda
 Que cayendo tu gorro por descuido
 La venerable calva quede al raso,
 Nada alterarte pueda,
 Ni te muestres corrido,
 En este tan ridiculo fracaso,
 Aunque en aqueste caso
 Observes carcajadas,
 Silvos y risotadas,
 Bien puedes deponer todo recelo,
 Que ninguno se burla de tu pelo.
 Para ser venerado
 Basta que en un concurso grave y serio
 Obstentes Fabio tu infinita frente:
 No hay sábio celebrado
 Sea en el griego ó romano Imperio
 Que la pintura calvo no presente:
 Mi juicio consecuente,
 Mirando despobladas
 Las testas venerandas
 De Filósofos mil, ha de creerlo,
 Que fueron calvos, ó debieran serlo.
 En fin, jamás burlado
 Serás del mentiroso peluquero
 Que siempre corre y siempre llega tarde:
 El gasto de los peines escusado,
 Manteca, polvos y demás dinero
 Evitarás, y es justo que se guarde;
 Pues nada te acobarde,
 Y vive confiado
 Tranquilo y sosegado,
 Que el ser calvo, te juro en mi conciencia,
 Aunque es necesidad es conveniencia.

EDITOR RESPONSABLE

Vicente Riera y Rueda.

MURCIA. Imp. de Leandro y Vicente Riera,
 calle del Príncipe Alfonso, número 33.